
Fragmento de novela

Premio, Concurso XXVI

EN EL UMBRAL DE LOS DELIRIOS
(Fragmento)

Yanith Gutiérrez Durán*



CAPÍTULO PRIMERO

Los pasos resonaron en el asfalto, secos, acompasados. La lluvia acarició su cuerpo y las gotas de agua se deslizaron hasta el pavimento para escuchar los latidos de la tierra. Era una noche acartonada, con hervores de niebla y aliento envejecido, plagada de rumores grises y desencantos. En los rascacielos, las luces de diciembre coqueteaban con las estrellas. Caminó hacia el bar, empujó las puertas de la taberna, recorrió de un solo vistazo el interior del “Disco Club” y se dirigió a la mesa habitual con la ansiedad prendida en los cordones de los zapatos. El “Ay, amor, ya no me quieras tanto” invadía el recinto y el ruido de las botellas tropezaba con los requiebros de los enamorados, las notas de las guitarras y su impaciencia. Tiene que venir y vendrá, no le puedo permitir tanta soberbia, mascullaba entre dientes al tiempo que se dejaba absorber por un rin-

* *Posgrado en Letras Hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.*

cón de la semipenumbra y estrujaba el pequeño regalo dentro del bolsillo de la gabardina maldiciendo, una y otra vez, su estupidez.

Afuera, la noche continuaba con su itinerario de sábado...

Sábado de un mes de enero ya no recordaba de qué año. Se acercó a los estantes de la sección de literatura mientras hojeaba la edición popular de la última novela de Cabrera Infante. Ni un puñetero libro de Novalis, escuchó rezongar a sus espaldas al tiempo que rodaban por el suelo *Los miserables* de Víctor Hugo y seis tomos de *En busca del tiempo perdido* de Proust. Vestía jeans desteñidos, una playera blanca con el letrero de "Y Love Miami", el cabello negro desgranándose sobre la espalda y un tintineo de pulseras en la muñeca izquierda. Jamás pudo olvidar el brillo de su mirada, ni el tono de su voz, y esa figura vibrante, de potrilla sin desbravar, lo acompañó durante los meses de búsqueda inútil. Recogió los volúmenes desperdigados por el suelo y sólo entonces, ella descubrió su presencia. No le dio las gracias. "Subdesarrollo de mierda, ni siquiera puede una encontrar un puñetero libro de Novalis", espetó en voz alta al tiempo que se alejaba de la librería tropezando con uno de los empleados.

Caleña o paisa, pensaría más tarde cuando en plena carrera trece esperaba la buseta con el letrero verde de Pasadena. "Ésta es de las mías", se dijo al tiempo que hacía señas a un microbús en el paradero tratando de esquivar las salpicaduras de barro que lanzaban los vehículos. Algo en su interior le indicaba que no era un encuentro casual y aunque era enemigo de las corazonadas, esta vez presentía un enfrentamiento más largo, más emocionante, en donde él tuviera la oportunidad de descubrir el verdadero color de sus pupilas. Trató de olvidarla al sumergirse en el barullo del tráfico, pero la condenada sardina había ocasionado un auténtico revoltillo entre sus vísceras. Alguien le preguntó la hora. Las once y él apenas por la calle cien. Ya no soportaba la triste condición de busetero a que lo había sometido la avería de su coche. ¡Cuánta razón tenía la chica que renegaba del subdesarrollo! ¿No tendría en casa algún poemario de Novalis?, pensó al tiempo que avanzaba por las escaleras de la Facultad de Filosofía y Letras con quince minutos de retraso.

Tuvo que olvidarse del incidente ante el montón de trabajo acumulado sobre su escritorio. El fin de semana se le fue en revisar los programas de Lingüística, organizar los horarios para los cursos libres, coordinar las actividades propuestas por los alumnos de Pedagogía y el domingo ir a comer a casa de su madre con los sobrevivientes del clan. Las mismas discusiones con sus parientes, el divorcio de Celia con depresión incluida, los caprichos de Andrea, esta vez sobre el viaje al África durante las vacaciones en busca de quién sabe qué huesos de nombre irreplicable, su trabajo tan mal pagado de la Universidad y su empecinamiento en vivir solo. "Búscate una mujer que te caliente la cama", aconsejaba Vicente, el marido de Juanita, "seguro que tienes miles de compañeras de trabajo muriéndose por una caricia tuya". Quisiera verlos enmudecer cuando les dijera que le gustaba una chamaca como de dieciséis años, con un temperamento endemoniado y que leía a Novalis. ¿Y ese fulano de dónde salió?, preguntaría Victoria, su tía materna, que de lecturas escasamente alcanzaba a hojear el periódico de los domingos y una que otra novelita de Bárbara Cartland. No, era

mejor hacer mutis y dejar las confesiones para otra oportunidad. Hablar de Celia, de Andrea, de las carreras de caballos, del gobierno, de los recientes golpes de la guerrilla, del último Juego de Millonarios en el Campín.

El lunes se encontró frente a las puertas de la librería "América Latina" atisbando por la sección de literatura. Recorrió el establecimiento con el interés aparente en las novedades editoriales. Compró algunos breviarios, la edición crítica de *Paradiso* de Lezama Lima y las obras completas de Vladimir Nabokov. Y así durante varios días. Terminó de llenar los espacios vacíos de sus estantes y no se dio cuenta en qué momento empezó a confundir los nombres de los poetas malditos en su clase de segundo semestre de Humanidades. Discutió con el Jefe de Sistemas por las notas retrasadas de los primeros parciales y hasta tuvo un cruce de palabras con el empleado de la cafetería. "Estás inaguantable", le dijo Marcela cuando la llamó para disculparse por no llevarla al cine, ni ir a comer el martes con ella y sobre todo para cancelar el viaje a Melgar del fin de semana. No podía reconocerse. El viernes acabó la jornada con el agotamiento de siempre, con un hambre absolutamente animal y sin deseos de escuchar las tonterías de sus alumnos. Aceptó que lo llevaran a su casa, sin embargo, rechazó las invitaciones de "una copita, profe, hoy es viernes de rumba", o "vamos a conocer la nueva discoteca de Chapinero" de las sardinas de primer semestre de Letras. Ya sabía como se las gastaban. Y él no estaba para juergas. Prefería cenar solo e irse a dormir... dormir y pensar.

Dedicó el fin de semana a arreglar el desorden de su estudio, hacer el mercado para su departamento, y atender los encargos de su madre quien pensaba que los sábados él le pertenecía. Quiso ver a su hija pero no la encontró. Esa chiquilla jamás estaba en casa. Se veían tan poco. Hacía más de un año que Andrea no lo visitaba. "Las vacaciones las pasa en excursiones por el Vaupés o escalando la Sierra Nevada; haciendo diablura y media con sus amigos", refunfuñaba Celia disfrazando la impotencia de su autoridad materna con residuos de rigidez fuera de tiempo. "Son investigaciones antropológicas, papi", le dijo en su última carta cuando él apeló a su cordura, "quiero conocer a los arhuacos y aprender algo de sus costumbres". Claro que su amigo especial de entonces estudiaba antropología en la Nacional. Un buen chico. Excelente. Lo conoció en el último viaje que realizó a Palmira y Andrea lo llevó a comer con intenciones de presentárselo. "Estoy realmente enamorada y ahora va muy en serio". A los dos meses su grabadora anunciaba un nuevo dueño de los suspiros de su hija. Esta vez la voz tenía un timbre de insensatez. "Desde San Agustín te presento a Adrián. Hemos hecho un pacto sagrado al estilo guambiano. Cuídate del Sida. Te adoro." Esta chamaca cambiaba de novios con una facilidad sorprendente. Qué bien. Mientras no se le diera por cometer una tontería.

Después de comer en casa de su madre, y escucharle las eternas quejas sobre el abandono al que la tenían sometida sus hijos y los infaltables reproches sobre la manera de vivir de cada uno de ellos y el poco o nulo caso que hacían de sus consejos, pudo finalmente dejarla frente al televisor escuchando los soporíferos programas del sábado por la tarde. Aprovechó la salida para darse una pasada por "América Latina" en el momento que cerraban las puertas y entonces le

pareció ver unos cabellos negros dentro de un Renault 12. No. No era ella. Últimamente veía cabellos negros en todas las espaldas. Estaba por creer que era víctima de algún hechizo o realmente se había convertido en un auténtico desconocido. Jamás una mujer se apoderó de sus sentidos de la manera en que lo había conseguido una chamaca con quien escasamente tropezó una mañana de sábado en el estrecho pasillo de una librería. ¿Qué le diría cuando la volviera a ver? Mire, señorita, le conseguí el libro de Novalis. No. No. Demasiado estúpido. Demasiado evidente. Es necesario recurrir a la casualidad. Acercarse con el volumen en la mano y hojearlo distraídamente para propiciar el encuentro. Así estaba mejor. ¿Y si no se daba por enterada? Bueno, ya se le ocurriría otra cosa, reflexionó después de una semana de cavilaciones. Lo mejor era dedicarle más tiempo a Marcela, llamar a Celia, avisarle del giro y de paso preguntarle por Andrea. Según el último mensaje en la grabadora se hallaba en Ciénaga Grande haciendo los contactos necesarios para la expedición al África en el mes de agosto. Sonrió al recordar la voz de su hija a través del aparato. “Los mosquitos haciéndome picadillo, un beso con sabor a truchas. No se te olviden los condones. Te adoro. Regreso pronto.” Ahhh... muy pronto recibiría un mensaje anunciándole que ya era abuelo. Esa niña no tenía componte. Era completamente impredecible. Se parecía tanto a él. Decidió llamar a Marcela y pasar la velada con ella. Era un buen método para alejar los pensamientos.

Su tiempo se convirtió en un caos. La hora del almuerzo dejó de existir en su agenda para transformarse en un ingerir a toda carrera un sandwich de jamón y una colombiana en el comedero de la facultad. Correr a “América Latina” a la una y media y esperar. El dependiente le saludaba con cordialidad, como si fuera amigo suyo, pensó la tercera vez, al sentir los golpecitos en la espalda. Tenemos la colección completa de los cuentos de Chéjov. ¿Y Novalis? Prometió conseguirle “Himnos a la noche” tan pronto como pudiera porque en Ediciones Siglo XX estaba agotado, ¡Qué tontería! Ella no volvió a aparecer por el local, “me fui de viaje”, le comentó meses después cuando le desabotonaba la blusa en una habitación del Hotel Real.

—Andaba y desandaba todos los días la carrera séptima hasta la calle 53 como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Eres un verdadero tonto, no te imagino buscándome como un colegial enamorado.

Tardó muchísimo tiempo en aparecer y él tuvo que conformarse con las primeras imágenes. Se dejó absorber por el trabajo y hablaba de Bretón, de la Yod Latina, de los aciertos de Bajtín, de los Nadaístas y salía sin voz y con el desvelo en el cuerpo para comprarle el regalo a su ahijado, pasar a casa de su hermana y escuchar los planes de su cuñado para aumentar la industria. Hablar con Marcela y disculparse por no ir a verla. Visitar el restaurante de enfrente y olvidarse por un instante de Novalis y del tintineo de las pulseras en la muñeca izquierda. Darse una vuelta por “Disco Club” y conversar con Álvaro, su compañero de farra en las épocas de depresión y soltería.

—No te encapriches, hombre. Las mujeres son como las servilletas, se usan y se tiran.

Qué sabía él de caprichos. En lo referente a faldas no era ningún aprendiz, pero no estaba en condiciones de explicarle cómo la conoció y mucho menos la manera tan tremendamente inútil de buscarla. “Estás chalado”, le diría, “lo que necesitas es un buen descanso y una visita al motelito de Usaquén”. Todo lo arreglaba con unas copas de aguardiente y unos buenos pezones entre las manos. Siguió su consejo. No le caería mal un poco de sexo con Oriana a ver si recuperaba la cordura.

—Estás más helado que un pingüino —dijo la mujer después de expeler el humo del Pielroja.

—Lo siento. Últimamente no se me calienta la sangre con la misma facilidad —le dijo tratando de engañarla mientras se levantaba de la cama para vestirse.

—Mal síntoma Mauricio. A tu edad. Aléjala de tu vida. Esa clase de amores te hunden en el infierno.

No quería hablar de ello con nadie y menos con Oriana. Eran muy buenos amigos desde que comprendieron que eran cómplices en la soledad y sus cuerpos sólo se buscaban para satisfacerse dentro del naufragio de las ilusiones. Ella lo conocía desde que él era un jovenzuelo imberbe que la espiaba por la ventana mientras ella se desvestía tratando de despojarse de las caricias de la noche. Habían pasado muchos calendarios, y habían optado por encontrarse siempre libres de subterfugios. A ella no se le escapaba su falta de entusiasmo al hacerle el amor ni la alegre desfachatez que hoy no lo acompañaba. Pero no. No era el momento de las confesiones. Regresó despacio hasta su departamento para refrescarse con el aire de la noche en su coche recién arreglado y se detuvo en el parquecito de Las Tres Cruces para contemplar los reflejos de la luna sobre la estatua demacrada de Bolívar. Entonces, bajó del vehículo, introdujo las manos en los bolsillos de su chamarra, reclinó la cabeza sobre una banca de cemento y le dio permiso a los recuerdos de plantarse en sus pestañas. Alguien pidiéndole un cigarro, alguien susurrando palabras de amor a sus espaldas. Mierda, otra noche sin hablarle a Marcela, se escuchó decir mientras las campanas de la torre de la iglesia anunciaban las dos de la mañana.

Noches de insomnio. Horas interminables con la imagen de la chica en la retina. Parecía un idiota. Él, con sus cuarenta y nueve años y un divorcio a cuestas. Ella debía tener entre 18 o 20, menor que su hija Andrea, casi lo podría apostar. Estudiante de Letras, o de pintura, o a lo mejor todavía cursaba su último año en un colegio de caché. La joven liberada, con tendencias marxistas y un fardo de líos en la cabeza. Viviría por el Chicó, en una lujosa residencia y comería mariscos los domingos. Por las tardes seguro daba un paseo en Unicentro o por el bulevar de Niza para atragantarse de helados y discutir con sus amigos liberados sobre la mejor manera de arreglar el mundo. Amigos especiales como los llamaba Andrea. Sí era muy probable que tuviera novio y compromiso de boda. Algún jovenzuelo, hijo de papi de apellido con letras de molde, o delfín de uno de los grandes que se reparten el poder en el país. Y con el cartón de máster conseguido en el extranjero. ¡Vaya figurincillo con quien tendría que competir! Y ella seguramente se casaría con él porque era una chamaca con los pies sobre la tierra, y no se dejaría engatusar por un hombre mayor, con un departamento

clases medieras, un coche destartado, una hija de su misma edad y para colmo, maestrillo de universidad. "Debes tener sueldo de hambre", le dijo la primera vez que la invitó a cenar después de muchos desencuentros en los pasillos y un montón de tazas de tinto en la cafetería de la esquina. No se quejaba. Vivía a gusto, sin presiones económicas desde que se separó de Celia y de los desastres emocionales que le acarreó.

—No profe, no la he vuelto a ver. Dejé la facultad hace más de mes y medio.

—Llama y llama uno pero nadie le contesta.

—¿Quién sabe? A lo mejor regresa. Nunca viene el semestre completo.

—Dicen que viajaron a los Estados Unidos porque su padre estaba amenazado por la guerrilla.

—Hay que preguntarles a sus amigas de odontología que la recogían los viernes.

Dejó de preguntar. No quería más chismorreos a su costa. Por eso regresaba una y otra vez a "Disco Club", a la cita acostumbrada de los sábados. Le parecía verla allí, frente a él, con su sonrisa fresca, burlándose de José Luis Arango por su actuación en la obra de teatro que acababan de ver. O preguntándole si esa noche la desvestiría despacio para hacerle el amor "como a mí me gusta", ya sabes. Sí, sabía tantas cosas de ella que no se imaginaba continuar vivo sin aferrarse a su piel.

—¿Otro coñac? Aló, aló, aquí del planeta tierra llamando a Mauricio...

La voz de Micky mezclándose con sus recuerdos. Regresó. El cantinero frente a él con la bebida en la bandeja...

—Disculpa estaba lejos.

—El mal de amor se esfuma con un buen trago.

—Tráeme mejor la botella.

Micky se alejó sin sorpresas. Estaba acostumbrado a los clientes acongojados, sin embargo no dejó de inquietarle la petición de Mauricio. Siempre permanecía en sus cabales aun cuando su chica, en los últimos meses, no paraba de armarle revuelo por cualquier cosa. A esa clase de mujeres había que traerlas corticas.

—Aquí tienes el pedido.

Le parecía verla frente a él con los ojos chispeantes por el alcohol, criticando a Fanny Mickey por el fracaso del festival de Teatro Latino, o burlándose del circo que significó la última presentación del Ballet de Leticia Blanco.

—Deja de reírte de los demás —le reclamó el hombre— no tienes ningún derecho.

—¿Qué sabes tú de derechos, estás acostumbrado a tomar lo que te apetece y dejarlo cuando no te sirve —le contestó en voz alta al tiempo que tomaba su bolso y salía del bar dejándolo con el vaso de coñac sobre los labios.

—Pst, pst. Aquí estoy.

—Sí Micky, dejámelo en la mesa, por favor.

—Hombre, la soledad es imperdonable en este lugar. Si tu chamaca no viene, ahí te tengo un buen prospecto. Una caleñita realmente despampanante a quien parece que también plantaron. ¿Qué tal?

—Gracias, pero hoy no. Te lo agradezco. Será otro día.

Conservaba la esperanza de verla aparecer, así, vital, sonriente, decidida,

SUPLENTE...



dándole mil lecciones de cómo vivir cada instante sin inhibiciones ni complejos. Los recuerdos empezaron a atropellarse; ya no supo si era felicidad o amargura lo que acompañaba su pasado. Lo mejor era marcharse. A las tres de la mañana era improbable que apareciera. Tal vez la otra semana, seguramente el siguiente sábado.

La noche seguía siendo joven sin embargo su corazón temblaba de desamparo, encanecido por la ausencia. “Cachaco viejo”, se dijo al pasar frente a una vitrina y ver reflejada su figura. No se hizo ningún caso. “Ni siquiera una estrella en el firmamento”, murmuró mientras se abotonaba el gabán. La llovizna seguía cayendo como caían los residuos de su pasado despedazado por un amor incontrolable. A lo lejos el cerro de Monserrate observaba sus pasos de briago atormentado. Vendrá el próximo sábado, claro que vendrá, repetía tambaleando por la acera.

El amanecer iniciaba su itinerario de domingo.